

JORGE GÓMEZ IZQUIERDO, y MARÍA EUGENIA SÁNCHEZ Y DÍAZ DE RIVERA, *La ideología mestizante, el guadalupanismo y sus repercusiones sociales, una revisión crítica de la "identidad nacional"*, México, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Universidad Iberoamericana, 2011, 139 pp. ISBN 978-6077901143

Los objetivos de este muy interesante libro, escrito por dos colegas que han publicado diversos trabajos sobre el tema del racismo en México, quedan resumidos en una de sus primeras frases: se busca: a) "difundir conocimientos, polémicos muchos de ellos, de algunos de los elementos más importantes en la construcción de la llamada identidad nacional que hoy, ante los cambios planetarios, está evidenciando sus deficiencias y sus perversidades", y b) "favorecer un debate que permita recapacitar sobre la emergencia de nuevos ejes de sana cohesión social" (pp. 9-10).¹

¹ Un primer punto de debate planteado en este libro es aquel en el que los autores toman de entrada una postura crítica del concepto de "mestizofilia", acuñado precisamente por Agustín Basave en su famoso y ya clásico libro *México mestizo* (Fondo de Cultura Económica, 1992/2002), y definido por él como "la idea de que el fenómeno del mestizaje –la mezcla de razas y/o de culturas– ha sido deseable en la búsqueda de la identidad nacional" (Agustín Basave, *México mestizo. Análisis del nacionalismo mexicano en torno a la mestizofilia de Andrés Molina Enríquez*, México, Comisión Federal de Electricidad, 1992, p. 13). Los autores manifiestan que ellos prefieren usar, en lugar de mestizofilia, el concepto de "ideología mestizante", ya que para ellos el primero es producto de "los autores mexicanos del pensamiento mestizo", entre los cuales incluyen a Basave, que quieren denotar, mediante dicho concepto, "una disposición de ir al encuentro del Otro (indígena, africano o asiático) para fundirse con él en busca de la anhelada" unidad biológica y cultural nacional, cuando en realidad lo que construyen, cito, "es [...] una estrategia de dominación de las élites y grupos, que con ella esconden, como expectativa de su proyecto de nación, el ideal de la piel blanca".

Los grandes ejes de preocupación y de reflexión del libro suman, yo diría, seis. Los iré enumerando a lo largo de esta reseña, aceptando además el reto de los autores de debatir con ellos algunos puntos.

Primer eje: es necesario poner en duda –entrecomillar– lo que hemos llamado hasta ahora “identidad nacional”. Coincido con los autores en que, a pesar de los cuestionamientos que se han hecho desde el escepticismo posmoderno, la utilidad analítica del concepto identidad colectiva está aún vigente, siempre y cuando no se caiga en ninguna clase de connotaciones esencialistas o estáticas de la identidad, y también en que hoy en día, en plena era globalizadora, es necesario revisar de nuevo el concepto. Sin embargo, dada la constante emergencia actual de movimientos de reivindicación étnica que se siguen produciendo en el marco de los estados nacionales, yo matizaría un poco lo que los autores plantean en seguida, fraseándolo más bien en estos términos: el nacionalismo identitario que naturalizó al estado-nación haciendo de él en muchos sentidos la unidad de análisis central de la teoría social ya no es plenamente vigente ni se ve obligado a convivir en forma creciente con categorías producto de un mundo en el que lo supranacional se delinea cada vez más como la norma y las realidades culturales e identitarias ya no están acotadas sólo por las fronteras entre los territorios nacionales.

Debo decir aquí que no concuerdo con Jorge y María Eugenia acerca de la interpretación que dan al concepto mestizofilia. Para mí éste traduce exactamente lo mismo que queda traducido por el de “ideología mestizante” que ellos acuñan: una idea o un conjunto de ideas que se fueron afinando entre los intelectuales orgánicos de las élites a partir de fines del siglo XVIII, que se consolidaron durante el siglo XIX y que se volvieron razón de Estado durante el siglo XX, planteando que era no sólo pertinente y deseable conformar conscientemente una sociedad moderna que convirtiera las mezclas raciales y culturales específicas de nuestra historia colonial en un ideal demográfico, racial y cultural a alcanzar, sino que una identidad nacional real y por ello sólida sólo podría fundarse sobre ese tipo de sociedad.

Segundo eje: la “identidad nacional” de los mexicanos es clasista, sexista y racista, y esas tres características suyas han tenido y siguen teniendo muy graves consecuencias sobre la vida social en México, algunas de las cuales son que no hemos logrado hasta ahora ni construir una igualdad jurídico-política que garantice los derechos civiles, políticos y sociales de todos los ciudadanos sin negar las diferencias sobre todo de género, étnicas y de clase que hay en nuestra población, ni tampoco reconocer dichas diferencias sin que, por ello, dejen de ser discriminados los pobres, las mujeres, y los étnica y culturalmente diferentes a la mayoría amestizada de la población, incluyendo muchos de los extranjeros.

Tercer eje: a partir de la independencia, pero sobre todo a partir de la revolución de 1910, nace la ideología oficial mestizante o mestizofilia que ha llevado a construir a la nación, identitariamente hablando, de una forma discriminatoria. Me parece que éste es sin duda el tema central del libro que hoy presentamos, y que ocupa lo esencial de sus cinco primeros capítulos. En ellos, los autores abordan varias líneas de análisis.

Una primera línea de reflexión de este eje, con la que coincido, es que la ideología mestizante no puede ni debe explicarse sin aludir al sistema de castas colonial sobre el que queda fundada. Un sistema basado en la ideología de la “pureza de sangre”, que en América Latina transformó aquella de la “pureza de credo”, nacida en España durante la reconquista, convirtiéndola, bajo una dinámica de larga duración, en una ideología cerrada y excluyente, que empezaba a usar categorías raciales en las que el fenotipo contaba como identificador inicial de la diferencia y que fueron los antecedentes directos del racismo decimonónico.

En una segunda línea, el libro plantea correctamente que cuando en el mundo se empezó a pensar en términos positivos, a fines del siglo XVIII y principios del XIX, en construir estados-nación, la heterogeneidad cultural y étnica era considerada un serio obstáculo frente a este proceso (p. 42); que ya desde entonces se fue

gestando en México una visión opuesta a la europea que creía en la limpieza de sangre como la única base sólida de las nuevas naciones; que esta visión mexicana procedió a algo insólito en la época: plantear que la mezcla de sangres era deseable como base para la creación de nuestra nación; que para poner en marcha esta visión se procedió a un “malabar igualmente insólito” que “convirtió el estigma de inferioridad étnico-racial y social de los mestizos bastardos en motivo de orgullo necesario para la homogeneización de sociedades heterogéneas” [...] (p. 42). Sin embargo, agregan los autores, todo esto se hizo “como una manera de neutralizar la heterogeneidad [...] y reducir al silencio a las culturas originarias de Mesoamérica”. Este malabar, se explica en el capítulo III, se profundizó con el nacimiento de la nueva nación independiente y con su redefinición por la revolución mexicana. La nación se formó así en torno a la convicción de que era supuestamente antirracista porque se constituía mediante la redención del indio garantizada por su disolución racial y cultural en el mestizo. Pero en el mismo movimiento significó un daño irreversible no sólo para la sociedad de la Nueva España, sino para la civilización occidental en su conjunto, concluyen los autores en palabras de Le Clézio: “un verdadero mestizaje habría permitido promover las mezclas entre diferentes, pero permitiéndoles estar en igualdad de circunstancias; habría implicado un auténtico diálogo intercultural que habría aportado a Occidente los elementos necesarios para no continuar en la aventura de un progreso desalmado y destructor”.²

Me permito hacer aquí una observación: esta conclusión, con la que evidentemente coincido, está fraseada sin embargo en palabras y en términos ideológicos que no corresponden a los finales del siglo XVIII y principios del XIX. Entre los seres humanos más

² Jean-Marie Gustave LE CLÉZIO, *Le Rêve Mexicain ou la pensée interrompue*, París, Gallimard, 1988, p. 43.

avanzados y progresistas de la colonia y del primer siglo de independencia, empezando por fray Bartolomé de Las Casas, siguiendo con Baruch Spinoza y llegando hasta los socialistas utópicos, ninguno, salvo quizás un poco Tomás Moro, planteaba sus ideales en términos de interculturalidad. Y aunque a dos siglos de distancia es nuestra obligación hurgar claramente en las razones de los grandes males de nuestra era moderna, sabemos que en aquellos días hubiera sido muy difícil estructurar los estados-nación modernos –en especial los que se habían liberado sólo formalmente hablando del yugo colonial– sobre la base de los que hoy consideramos los verdaderos principios democráticos, algunos de los cuales deben garantizar los derechos culturales de los pueblos de diferente origen étnico que integran la nación.

Una cuarta veta de reflexión para los autores es el indigenismo. En su libro han preferido destacar el pensamiento de un gran indigenista que no es Manuel Gamio –ya muy trabajado– sino Moisés Sáenz, porque en este tema él fue un vanguardista. Sáenz, en efecto, se declaraba a favor de un pluralismo cultural; es decir, no era un mestizófilo como Gamio, que creía que la única verdadera esperanza para el futuro de los indígenas era su mestización. Sin embargo, reconocen los autores, Sáenz, a pesar de que sus ideas en ese terreno eran sin duda de avanzada, era un hombre de su tiempo y en su tiempo se creía primordialmente en el desarrollo y la consolidación del nacionalismo mexicano. Por ello Sáenz concluyó que una verdadera diversidad étnica o racial sería un obstáculo para la creación de un sentimiento nacional unificado, que era sin duda en ese momento el que permitiría construir el progreso y acceder a la modernidad.

Es así como Jorge y María Eugenia llegan a la “ideología mestizante”, quinta línea de análisis del tercer eje. Para ellos, esta ideología no encontró a su principal representante del siglo xx ni en Molina Enríquez –como lo piensa Basave– ni en Vascon-

celos –como lo piensan otros colegas–.³ Lo encontró más bien en Leopoldo Zea, para quien los mestizos, a pesar de sus turbios orígenes raciales y culturales, jugaron el papel histórico de barrer a los criollos conservadores y darle a México un sentido del que había carecido hasta entonces: el de la nacionalidad. Zea –quien, como sabemos, no coincidía con la teoría del colonialismo interno nacido con la Independencia y la modernización de las naciones latinoamericanas– escribe que es el mestizo quien “ha podido mantener [...] el más difícil de los nacionalismos: el nacionalismo como reacción anticolonial dentro de circunstancias y situaciones coloniales” (p. 95).

Cuarto eje: la virgen de Guadalupe es la figura simbólica emblemática del segundo aspecto central que ha sido sustento de la “identidad nacional”; es decir, el guadalupanismo. En varios capítulos del libro se expone cómo, de la misma forma en que ha ocurrido con la mestizofilia, sectores muy diversos –muchas veces ideológicamente opuestos– de la sociedad novohispana y luego mexicana han hecho de la virgen morena un poderoso símbolo identitario nacional. Entre ellos están: la alta jerarquía católica desde fray Juan de Zumárraga hasta Corripio Ahumada; las autoridades virreinales; los líderes de la independencia e incluso, de modo silencioso, los líderes de la Reforma; el gobierno porfirista, Emiliano Zapata, los cristeros de los años veinte, los migrantes mexicanos a Estados Unidos e incluso, en aquellos casos en los que la comunidad lo aprueba, los mayas zapatistas chiapanecos. Es por ello que la “Madre de México” ha sido alternativamente india, criolla, mestiza, indocumentada e incluso encapuchada.

³ Marilyn MILLER, *Rise and Fall of the Cosmic Race: The Cult of Mestizaje in Latin America*, University of Texas Press, 2004; Olivia GALL, “Identidad, exclusión y racismo: reflexiones teóricas y sobre México”, en *Revista Mexicana de Sociología*, LXVI: 2 (abr.-jun. 2004).

Quinto eje: en México, el proceso internacional globalizador que hace que el Estado actual ya no logre regular los antagonismos de clase y los protocolos de interculturalidad ha hecho obvio que la identidad nacional tenía menos sustento que el que se creía (p. 106). Los autores apuntan que el gobierno federal se empeña en convencernos de que “somos orgullosamente mexicanos” cuando en realidad el país se nos desmorona. El levantamiento zapatista de 1994 destruyó dos mitos: el del éxito de la “mestización” armoniosa y antirracista y el del éxito del neoliberalismo. Pero el que se hayan rechazado los Acuerdos de San Andrés significó, de nuevo –piensan Jorge Gómez Izquierdo y María Eugenia Sánchez y Díaz de Rivera–, la manifestación clara y presente del racismo y una derrota no sólo para los pueblos indios sino para todo el país. Porque con su aceptación se podría haber iniciado el proceso hacia cerrar la herida abierta con la colonización, y se podría haber avanzado hacia “una igualdad sin homogeneización y hacia un asentimiento de las diferencias sin discriminación” (p. 114). En este marco debemos preguntarnos, dicen los autores, cuáles pueden ser los nuevos ejes de una construcción identitaria nacional que de verdad promueva y permita la cohesión social.

Sexto eje: el desarrollo de una crítica a las que en el libro son llamadas “las nuevas corrientes mestizantes” o “las élites mestizo blanqueadoras”, en la actualidad simbolizadas, para sus autores, sobre todo por Agustín Basave. En las pp. 116-117 del libro se lee: “la búsqueda de la identidad nacional, asociando mestizaje con mexicanidad, es apreciada positivamente por Basave” pues para él “[...] [el mestizaje] ha sido y será la única garantía contra la disolución de México en etnias confrontadas”. Basave no quiere ver, sostienen los autores, que el mestizaje ha encubierto “la supremacía de la blanquitud que da ventajas y privilegios en una sociedad estructurada sobre la dominación racial”. Para Basave se puede “impulsar un mestizaje *bueno* que hermane a los mexicanos e instaure un orden social entre iguales” (p. 117). “Y no es,

concluyen los autores, que estemos en contra de lo que Basave plantea cuando dice que “lo diverso no [debe serlo] al grado de excluir una dosis de similitud que entrelace” (p. 119). Pero creemos que la ideología mestizante obstaculiza el reorientar la mirada y emprender la búsqueda hacia otros ejes de cohesión social” (p. 119).

Al estar preparando esta colaboración acudí de nuevo a la edición de 1992 del libro de Basave *México Mestizo*⁴ y encontré, en las conclusiones de dicha edición, otras cosas que me parece interesante mencionar. Cito:

He aquí la cuenta pendiente de la mestizofilia mexicana [...] la entronización de una cultura occidental dominante y la marginación de una subcultura indígena clandestina [...]. Tal es [...] la asimetría del sincretismo mexicano [pp. 142-143] [...] ¿Qué hacer entonces? [...] Se trata, ante todo, de avanzar hacia el máximo imperativo de la justicia social mediante un lance impostergable: el rescate del rostro indio de la clandestinidad y su reivindicación ante los ojos de propios y extraños. [...] Pero también se trata de dar solución a la crisis de identidad del mexicano y de dar simetría al mestizaje, a fin de renovar una cultura que, a decir verdad, no se ha adaptado a la realidad mexicana [...] Y para lograrlo [añade Basave citando textualmente a Bonfil en su *México profundo*, 1987, p. 223], “la única salida posible, ardua y difícil sin duda, pero la única, es sacar del México profundo la voluntad histórica para formular y emprender nuestro propio proyecto civilizatorio”. [...] Rehabilitar lo indígena no es resucitar formas de vida anacrónicas. [...] Es simplemente desenterrar la vertiente extraoccidental de lo mexicano y entreverar lo mejor de ella a su contraparte en un plano de igualdad que permita una auténtica síntesis cultural y que dé al mexi-

⁴ Es a esta edición a la que el libro aquí reseñado se refiere en la bibliografía final. Guillermo BONFIL BATALLA, *El México profundo, una civilización negada*, México, Grijalbo, 1984.

cano seguridad en sí mismo. [p. 144] [...] “Ante el embate de la modernidad occidental México tiene [para Basave, sólo una verdadera opción:] una apertura recíprocamente enriquecedora, condicionada al compromiso de construir algo mejor. Por ello, asimilar los orígenes indohispánicos de la nación no es más que el primer paso; el resto se dará a golpes de libertad y de creación [...]” (p. 145).

Basave, en estas líneas, dice muchas otras cosas cuya interpretación dejo a criterio de quienes nos leen, sin dejar de recordar que ellas están escritas pocos años antes⁵ de que una parte del mundo empezara a pensar y a hablar, como lo hace hoy, ya no a favor de una “multiculturalidad light” sino de una interculturalidad real como una de las bases indispensables de un cambio real en el mundo entero.

Como estudiosa apasionada del fenómeno del racismo sui géneris mexicano, la abajo firmante, al igual que los autores y que Basave en las líneas suyas que leí al final, me pregunto cómo hacer para transformar esa herencia que ha escondido tanta injusticia, desigualdad, inequidad y racismo. Cómo lograrlo en un México inserto en la globalización, cuando los sectores en el poder, incluso muchas de las ramas de la propia izquierda, no parecen entender ni querer modificar de fondo esta situación tan bien descrita en el libro.

En 2002, hace diez años, Rodolfo Stavenhagen escribió:

Sigue siendo una pregunta abierta si, al cabo del tiempo los países latinoamericanos van a transformarse en sociedades plenamente plurales

⁵ Fueron escritas sólo un año después de que México firmara el “Convenio OIT 169 Sobre pueblos indígenas y tribales en países independientes”, cuatro años antes de que el EZLN se rebelara, once años antes de que fuera modificada nuestra Carta Magna para introducir en ella el carácter multiétnico y pluricultural de nuestra nación y la no discriminación como principio constitucional.

en las que los pueblos indígenas van a ser legalmente reconocidos y la diversidad cultural va a ser protegida y promovida por el Estado, o si van a evolucionar hacia convertirse en democracias liberales en las que las libertades individuales van a ser valuadas más y por encima de las identidades y las lealtades comunitarias. En todo caso la respuesta a tales preguntas todavía no está a la vuelta de la esquina”.⁶

Es cierto que a lo largo de estos últimos diez años México, como se plantea en el libro, se nos ha estado cayendo en pedazos entre las manos; pero también es cierto que en el contexto latinoamericano han surgido a lo largo de este periodo varios experimentos interesantes –por ejemplo Brasil o Bolivia– que, aunque aún se estén probando y estén lejos de ofrecer soluciones totales, han estado abriendo las perspectivas. Por ello tratemos de pensar en términos optimistas como lo hace Stavenhagen en las líneas arriba citadas, y digamos, siguiendo su razonamiento, que en México, ante el alarmante y dramático contexto actual cualquiera de las dos opciones por él planteadas sería altamente deseable como solución posible.

Es más, yo me inclino a pensar que una combinación de las dos posibilidades que él sugiere sería lo óptimo, ya que mientras que los diversos pueblos indígenas de nuestro país solicitan el derecho a la autodeterminación, una gran mayoría de nuestra población que no es indígena solicita una democracia más representativa y más participativa, creadora de igualdad y justicia social. Cómo lograrlo requiere de respuestas muy creativas y de construir opciones político-sociales viables, que intenten combatir –como lo dijo Boaventura de Sousa Santos cuando visitó nuestro país a principios de este año (2012)– la hiper-mercantilización, la colonización

⁶ Rodolfo STAVENHAGEN, “Indigenous peoples and the State”, en Rachel SIEDER (ed.), *Multiculturalism in Latin America: Indigenous Rights, Diversity and Democracy*, Londres, ILAS, 2002, pp. 24-44.

y la falta de democracia en la que estamos inmersos. Requiere de replantear, como dicen los autores, el edificio de los vínculos identitarios nacionales y de éstos con las identidades de los diversos grupos culturales que componen a la nación. Requiere de proceder, como dice Agustín Basave, “a golpes de libertad y de creación”, intentando escuchar con claridad el pulso de la nación para saber dónde podemos integrar sin discriminar y donde tenemos que proteger la diferencia sin negar aquello que es positivo de la integración.

Olivia Gall

Universidad Nacional Autónoma de México

DANIELA GLEIZER, *El exilio incómodo. México y los refugiados judíos, 1933-1945*, México, El Colegio de México, Universidad Autónoma Metropolitana-Cuajimalpa, 2011, 321 pp. ISBN 9786074622843 (El Colegio de México) 9786074775457 (Universidad Autónoma Metropolitana)

Al tocar el tema de los refugiados judíos en México en los años treinta y cuarenta, este excelente libro nos refiere a un ámbito de la historia del México contemporáneo que, a diferencia de otros muchos a los que vemos con ojos críticos e incluso con franca reprobación, se ha asentado en nuestra memoria como en nuestro imaginario colectivo nacional como positivo, como luminoso, como una de las mejores cosas que han ocurrido en nuestro país o que nuestro país ha hecho. Se trata de la política exterior que México practicó por lo menos entre la revolución de 1910 y el final del siglo xx, y, como parte de ella, de nuestra honrosa personalidad internacional como uno de los países que más se han solidarizado –sobre todo en los años en que el general Lázaro